



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13285

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ñero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 28 DE FEBRERO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡Fuera caretas!

No hay que alarmarse, no pretende-
mos arrancar ninguna. Es que ha aca-
bado el reinado de Momo y sobre el
antifaz.

Ayer fué día de divertirse, de hacer
locuras, de engañar al prójimo y de
decirle verdades como puños arros-
trando unas cuantas puñadas ó algo
más. Hoy es día de hacer penitencia,
de arrepentirse de los pecadillos que
nos ha hecho cometer el Carnaval, de
olvidar las pasadas locuras, de efec-
cionar en su lugar de la alegría huma-
na y de pensar en serio; bastante he-
mos pensado en broma durante los
tres últimos días.

Volvemos á la labor de antes y lo
primero con que tropezamos es con
ese problema pavoroso que se llama el
hambre y que se va extendiendo por
Andalucía. ¡Qué horrible problema!
¡Y qué solución tan difícil!

La mejor sería la que preconiza Ca-
malajá: comprar los latifundios para re-
partirlos entre los obreros, lanzando
así en el campo del trabajo y de la in-
dustria una masa de propiedad enor-
me; pero ¿cómo? Para realizar eso pre-
cisa poseer otra enorme cantidad de
dinero y no la tiene el Estado dis-
ponible para ese menester ni para
otro.

A falta de soluciones radicales se va
conllevando el problema con paliativos
múltiples, pero resultan caros. Se dan
socorros; se habilita trabajo en las re-
giones más necesitadas; mas no siendo
posible atacar el mal con la energía ne-
cesaria, va manifestándose cada vez con
gravedad mayor.

Romanones ministro de Fomento
llevó á las regiones andaluzas dinero y
trabajo; este último casi se improvisó
aprobando de prisa y corriendo obras
de carreteras; pero pasó el tiempo; el
trabajo quedó consumido; el dinero ago-
tado y en problema en pie, cada día
más grave, cada momento más necesi-
tado de una radical solución. Así se

presenta hoy al sucesor de Romanones,
el señor Gasset y éste—que haría mu-
cho si pudiera—no puede hacer nada
porque la escasez del presupuesto no
se lo permite. Sin embargo, dentro de
lo posible atiende parcialmente á lo
más imperioso; pero ¿y lo restante?

Recientemente ha inaugurado un
pantano de importancia en el término
de Jerez, el de Guadalcacín. En otras
localidades ha emprendido obras de
camino cuyos expedientes estaban
terminados; pero aun así, haciendo lo
que puede, se encuentra sin solucionar
ese problema pavoroso del hambre que
lleva de cabeza al ministro, á los go-
bernadores de las provincias andalu-
zas, especialmente á los de Málaga y
Sevilla y á los alcaldes de los pueblos
en que la masa obrera no tiene ocupa-
ción.

Aguien ha dicho, refiriéndose á la
crisis del trabajo en Madrid, que los
obreros son en cierta manera respon-
sables de esa crisis y no deja de llevar
razón. Las huelgas constantes origina-
das muchas veces por capricho y otras
tantas fundadas en el amor propio han
determinado á los dueños de la propie-
dad á no realizar obras; y está claro,
ante esa decisión se ha acabado el tra-
bajo y el obrero permanece inactivo.

En ese asunto han debido ir poco á
poco los obreros, despacio, paso á pa-
so; mas prefirieron ir á la carrera y de
ahí las consecuencias que se están to-
cando, no en Andalucía solamente, si-
no en toda España.

Lo hecho ya es irremediable, pero
los debe atencionar para lo futuro. La
guerra sin cuartel que abrieron contra
el capital era suicida y ya se está pro-
bando que lo era.

Ahora lo que urge es poner remedio
á esta situación que se ha creado; pero
contra el deseo general que pide refor-
mas y un buen presupuesto, se han
atravesado en las Cortes cuestiones de
indole distinta que han paralizado la
labor del gobierno.

¿No se impondrá á nuestros políticos
la voz de la necesidad? ¿No habrá quien
imponga la labor necesaria que recla-
ma el país?

El maestro Caballero

El maestro Fernández Caballero, ha
muerto, á este sentido acontecimiento la
prensa toda dedica extensos artículos he-
roicólogos, haciendo resaltar sus méritos y
sus grandes valimientos.

Nosotros también queremos destacar al-
gunas flores que aunque páidas y sin pecu-
nario contribuyan á simbolizar el senti-
miento y dolor con que todo el pueblo es-
pañol ha sentido tan tristísima noticia; pues
á ello nos obliga el deber de la amistad y
de la profesión.

Aun le recordamos cuando le conocimos
en Murcia de niño cantando de tiple en la
capilla de Madres Agustinas. Desde muy
joven se iba entrever sus excepcionales
facultades, y no por su modo de cantar
su nombre figurase al lado de los maes-
tros que por aquella época constituían la
aristocracia del arte lírico español.

Enumerar sus obras, indicar sus su-
bitimismos, expresar sus habundancias
en el manejo del compás, acentuar el
equilibrio que en la instrumentación, re-
corda la genialidad de sus cantos popula-
res es trabajo inútil, pues vibrando están
en nuestros oídos la sentida jota de «Gig-
antes y cabaleros», la apasionada del
«Día de la Africana» y los entusiastas
patrióticos de la «Marsellesa», partitu-
ra que sirvió de modelo para definir su
nombre imperecedero en la historia de
nuestras concepciones líricas. Por uno
de esos inextinguibles misterios de la Na-
tura: se había encargado los últimos años
de su existencia desde entonces un pre-
destinamiento en la vida que se oponía á que
su cerebro fuese impresionado por los ra-
yos luminosos, no parecía sino que estaba
destinado á solo percibir las impresiones
de las ondas sonoras y que según la frase
de un poeta contemporáneo:

Escucha de las leyes del sonido
El alma palpa y ve por el oído.

El ECO DE CARTAGENA, que en vida su-
po expresar su amistad y admiración: ho-
ra hoy su muerte y le consuela la idea de
que si bien sus elementos orgánicos sometidos
á las leyes de su sepulcro estarán
sufriendo las mismas transformaciones
de la materia, sus inspiradas creaciones,
sus encantadoras melodías que cual pebe-
teros orientales han perfumado la huma-
nidad, pasarán al través del cósmico orbe
de los tiempos batiendo en el horizonte

del arte patrio no con la efímera luz del
relámpago sino con el eterno luminar de
las estrellas.

Desansa en paz ilustre vate que si tu
querida ilusión que embalsamó tu juventud
extención con el perfume de sus rosas, olave-
les y azahares, y así aló tu sueño con la
monótona melodía del andoso Tader hoy
enlazará tu nombre con el de Villacoí, Rui-
pérez, Seigas, Arnau, Romea, López Al-
magro y otros tantos que constituyen el
heráldico blasón con que se engalana la
ciudad que tanto amó Alfonso el Sabio.

LOS BAILES

A la hora que escribimos estas líneas ba-
la media España. La otra media contempla
bailar.

Por lo que se refiere á nuestra población
—barrios extramuros y diputaciones inclu-
sivo—todo es baile. Doquiera existe una
sociedad de recreo ó una casa destinada á
espectáculos públicos, allí se oye el piano,
la orquesta, la música de viento ó el sim-
ple y elegante acordeón tocando valseos y
máscaras.

¡Oh los bailes de máscaras! ¡Cuánto
atractivo tienen! Aun para los que ya asis-
timos á ellos en clase de mirones, tienen los
bailes de Carnaval encantos. Será por los
recuerdos de otros bailes en los que actuá-
bamos, mas ellos es que nos gusta.

Cuánta emoción; qué agrado; qué
nota de color tan admirable. Y si en el fu-
jo y refojo de las máscaras hay una que
se nos planta enfrente y nos dice cuatro
cosas para marearnos, entonces sí que se
agolpan á nuestra memoria recuerdos de
otras máscaras que hace muchos años
nos hicieron felices con su charla en momen-
to, ignorando á pesar del tiempo transcu-
rido sus nombres y si eran tan bonitas co-
mo procuramos la parte del rostro no cu-
biera por el antifaz.

Con el baile de anoche, mejor dicho,
con el que en estos instantes se celebra—
porque aún dura cuando escribimos estas
líneas—en fin el Carnaval y á medida que
transcurren las horas—rápidas como tolas
las felices—van estereotipándose en los
rostros sombras de diablito. ¡Por qué no
durara la fiesta lo menos una semana, si-
quiera hasta el momento de conocer y ha-
cerse amar de la graciosa mascarita que
pasa revolando cual colante visión?

Sin duda las sombras que se retratan en
los rostros quieren decir eso. Nos lo dice

nuestra experiencia, puéstambien nosotros
vimos con efecto aduso muchas veces ter-
minarse la noche del martes sin poder po-
ner nombre á nuestra máscara, que al des-
aparecer de nuestra vista terminó el bai-
le y se llevó una ilusión.

¡Cuántas habrán brotado las pasadas no-
ches á influjo de una voz argentina, de
una mirada fulgurante, de una bella sonri-
sa dibujada en coralígon labios, y se habrán
dispuesto como el humo al aparecer la cua-
resma, no en dejar en el espíritu el des-
asosiego consiguiente!

Bromas de Carnaval son esas, pero hay
que confesar que son pesadas.

Mas dejémosnos de filosofías y vengamos
á la realidad. Anoche abrió de nuevo sus
puertas el Casino, dejándose asaltar por
una legión de hermosuras. Al pronto no
podía afirmarse bajo juramento que lo fue-
ron, pero se suponía; mas cuando por la
agitación del baile y el calor producido por
la concurrencia y por la luz se elevó la tem-
peratura imponiendo la supresión del anti-
faz, el supuesto tuvo plena confirmación.

La junta directiva hizo los honores de la
casa con la galantería de siempre y la fiere-
za resultó de primera como lo son todas las
que celebra el Casino en sus salones.

El domingo próximo, día de Piñata, vo-
verán aquellos á abrirse por última vez en
la presente temporada, para que la juven-
tud que en ellos se congrega dé el último
adios al Carnaval.

El Ateneo Mercantil obsequió anoche á
las familias de sus socios con un gran bai-
le en el Teatro Principal.

Lucía el coliseo el mismo día que
ostentaba el lunes por la noche cuando dió
su baile el Centro Militar. Y era el mismo
y no otro, porque por cuenta de ambas so-
ciedades lo habían decorado los señores
Huelgas, Martínez Manzano y no recorda-
mos quien más.

La concurrencia fué realmente extraor-
dinaria, viéndose en palcos, plateas y buta-
cas numerosa representación del bello
sexo que con su hermosura prestaba á la
fiesta superior encanto.

Por la amplia platea convertida en sa-
lón de baile, discurren numerosas máscaras
luciendo bonitas diabladas y dando bromas
que hicieron las delicias de todos, de-
jando intrigado á más de un representante
del sexo fuerte.

Los demás bailes estuvieron también
muy concurridos.

Los de extramuros no hay que decir que
estuvieron rebosantes. Es costumbre en



Mas estos fenómenos de óptica producidos por la fati-
ga ó por la excesiva tensión de las fuerzas oculares, sea
por los caprichos del crepúsculo, ó por ambas cosas á la
vez, no eran capaces de espantar al desconocido.

Los terrores de la vida eran impotentes sobre un alma
familiarizada con los terrores de la muerte.

Aun favoreció por un esfuerzo cómplice de su veje-
dad, las singularidades de aquel galvanismo moral, cuyos
prodigios se avenían con sus últimos pensamientos que
dominaban todavía el sentimiento de la existencia.

Ayudado del profundo silencio que en torno suyo re-
taba, se sumergió en dulce ensañamiento, y haciéndose
sus impresiones cada vez más negras, imitaron de grado
en grado, de diferencia en diferencia, las lentas degre-
daciones de la luz.

Como si un resplandor próximo á dejar el cielo produ-
jera luchando con la noche un postrer reflejo colorado,
levantó la cabeza y vio un esqueleto, cuya silueta resul-
tando en medio de la sombra, le permitió distinguir la
dirección de su dedo: el cráneo de este esqueleto pareció
inclinarsc de derecha á izquierda como para decirle:

—¡Los muertos te quieren aún tu compañía!...
Pasando el joven su mano por su frente espasiosa para
debanar el letargo que comenzaba á apoderarse de él,

Las maravillas cuyo aspecto presentaba el joven toda
la creación conocida, infundieron en su alma el anonada-
miento que se apodera del filósofo á la inspección científica
de creaciones hasta entonces desconocidas.

Investigado más vivamente que nunca por los deseos de
morir, dejóse caer sobre una silla pasando confusas vi-
suras al través de la fantasmagoría de este panorama del
pasado.

Los cuadros se iluminaron, las cabezas de las vírgenes
se sonrieron, y las estatuas se coloraron de fantásticas vi-
das.

Á favor de la sombra, y puestas en movimiento por la
calenturienta tempestad que fermentaba en su cerebro,
tantas y tan diversas obras se agitaron formando remol-
nos á sus ojos: cada figura le hacía un gesto particular:
los ojos de los personajes representados en los cuadros,
parecían brillar en sus órbitas; las diferentes formas del
inmenso conjunto, después de palpitanes contracciones,
se iban destacando de su postrer brazo ó ligeramente,
con gravedad ó con gracia, según sus costumbres, su ca-
rácter ó su constitución.

Se parecía á un misterioso sábado digno de ser compa-
rado con las portentosas fantasías entrevistas en Brocken
por el Fausto de Goethe.

¡Os habéis lanzado alguna vez en la inmensidad del
espacio y del tiempo al leer las obras geológicas de Ca-
vier? ¡Os habéis encontrado alguna vez sobre el abismo
sin límite del pasado, sostenidos por la mano de algún
encantador?

Al ir descubriendo de faja en faja, de capa en capa,
bajo las carreras de Montmartre, ó en los Kistos del Ural
aqueellos animales cuyos despojos fosilizados pertenecen á

